

Bernstein, Henry. **Tierra rural y conflictos agrarios en el África subsahariana.** *En publicación: Recuperando la tierra. El resurgimiento de movimientos rurales en África, Asia y América Latina.* Sam Moyo y Paris Yeros [coord.]. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. 2008. ISBN 978-987-1183-85-2

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/sursur/moyo/04Berns.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>
biblioteca@clacso.edu.ar

HENRY BERNSTEIN*

TIERRA RURAL Y CONFLICTOS AGRARIOS EN EL ÁFRICA SUBSAHARIANA

EN ESTE TRABAJO se esboza el lugar de la tierra en las cuestiones agrarias del África subsahariana moderna. Se procede mediante una periodización de su historia, a partir de la generalización de la colonización sistemática a través de los procesos que subsecuentemente integraron a los granjeros de África dentro de las estructuras y circuitos de la economía mercantil, tanto local como internacional. Aunque los procesos de mercantilización no han generado ni la propiedad de la tierra a gran escala ni la privación generalizada en la mayor parte de África –en total contraste con la formación y los legados del capitalismo colonial en África del sur– ellos detentan necesariamente dinámicas clasistas intrínsecas, que yacen bajo las cada vez mayores tensiones y conflictos sobre la tierra. Esto quiere decir que, en condiciones de extensa y extrema pobreza, asociadas con los préstamos de ajuste estructural y la globalización de las décadas recientes, las presiones sobre la reproducción del trabajo, junto con la intensificación de la inequidad social, aumentan tanto la significación como la predominancia

* Henry Bernstein es profesor de Estudios de Desarrollo en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos en la Universidad de Londres, donde desarrolla su profundo interés en la teoría social y en la economía política agraria. Durante quince años editó el *Journal of Peasant Studies* [*Revista de Estudios Campesinos*]. Es editor fundador del *Journal of Agrarian Change* [*Revista del Cambio Agrario*], junto con T.J. Byres.

de las luchas por la tierra. El hecho de que las fuentes sociales y las formas políticas de esas luchas sean generalmente muy diferentes de las luchas equivalentes en América Latina y Asia es un efecto de las especificidades del África subsahariana que este trabajo intenta ilustrar y explicar.

ESTABLECIMIENTO Y CONSOLIDACIÓN COLONIAL, 1880-1930¹

Una característica definitoria de la experiencia histórica moderna de África, y que marca una de sus especificidades “histórico-mundiales”, es que el extenso dominio colonial fue establecido en la mayor parte del continente relativamente tarde en la larga historia de la expansión internacional europea². Como Julios Nyerere remarcó en un discurso para la Universidad de Dar Salaam en la década del setenta: “Para Lenin, el imperialismo fue la última etapa del capitalismo, pero para nosotros, en África, fue la primera”. La “pelea por África”, junto con la colonización europea de otras fronteras imperiales remanentes en el sudeste y oeste de Asia, se produjo dentro del período formativo del imperialismo moderno (capitalista), tal como analizó Lenin, y también dentro de lo que en la actualidad se considera, comúnmente, como la primera “edad dorada” de globalización, desde 1870 a 1914. Además, a fines del siglo XIX, las principales potencias europeas que establecieron vastos territorios coloniales en África (Gran Bretaña y Francia) no sólo eran países industrializados, sino que su “segunda revolución industrial”, desde la década de 1870 (Hobsbawn, 1987) generó un crecimiento masivo de las demandas de materias primas minerales y agrarias, que incluían una cantidad de productos tropicales que habían de ser suministrados, precisamente, por las economías coloniales en una expansiva (y cambiante) división del trabajo internacional. Este cronometraje de la colonización sistemática, así como de sus modalidades y efectos, indica alguna de las especificidades de las trayectorias de la historia moderna en África dentro de las relaciones centro-periferia, esquematizadas más generalmente por Sam Moyo y Paris Yeros en el primer trabajo de este volumen.

Una segunda fuente o tipo de especificidad es el inmenso rango de formaciones sociales, hábitats y modos de vida que el dominio colonial encontró y sobre los que intentó imponer sus propias estructuras y nociones de

1 La siguiente descripción utiliza, y en parte depende de, la periodización propuesta y esquematizada por Bernstein y Woodhouse (2001). Aquí se dedica relativamente más espacio a la primera fase del colonialismo, cuando muchos de los procesos de cambio, que continúan siendo significativos en el presente, fueron establecidos.

2 Esto no es para ignorar la historia más larga de la participación de muchas sociedades y economías africanas con patrones de intercambio y de poder internacionales, en especial los tráfico de esclavos del Océano Atlántico y del Índico. En este trabajo, y por un motivo de conveniencia, “África” y “africano/a” refiere sólo al África subsahariana.

orden y progreso, primero a través de la “pacificación” y luego por medio de sus variadas –y contradictorias– formas de ingeniería social. Samir Amin (1976: 317-333) distinguió tres “macro-regiones” del África subsahariana mediante una amplia tipología de sus formaciones coloniales. La *économie de traite* de África occidental se caracterizó por la producción agrícola de exportación por los granjeros campesinos y, en algunos casos, por los productores locales de mayor escala, típicamente organizada por las empresas de intercambio metropolitanas a través de varias capas intermedias de capital mercantil³. La *économie de traite*, por lo tanto, no supuso un extendido desposeimiento. Sus patrones de mercantilización de la economía rural procedieron sin la institución de los derechos de propiedad privada y de mercado en tierra y, en muchos casos, se realizó con la instrumentalización de movimientos y limpieza de áreas nuevas para cultivar cacao y aceite de palmera (en los cinturones forestales), y algodón y maníes (en la sabana), los cuatro cultivos clásicos de África occidental.

La segunda “macro-región”, igualmente extensiva, es la de las colonias de “reserva de trabajo”, que se expande desde el este y centro hacia el sur de África, y en la que había una vasta alienación de la tierra a favor de los colonos blancos. La racionalidad del desposeimiento de los africanos, concentrados en “reservas nativas”, era doble: proveer tierra a los establecimientos blancos y su cultivo capitalista y reforzar los abastecedores regulares de trabajo para los grandes cultivos y plantaciones, tanto como para los complejos mineros de las Rhodesias Norte y Sur (después, Zambia y Zimbabwe) y de Sudáfrica. Esto último atrajo un gran número de mineros migrantes del sur de Mozambique, Nyasalandia (más tarde Malawi) y Basutolandia (luego Lesotho).

La tercera categoría de Amin es “el África de las compañías concesionarias”, en la región de la cuenca del río Congo, de la cual el Congo/Zaire es emblema, hasta hoy, de una historia extremadamente brutal en cuanto al recurso de extracción/pillaje⁴. A las compañías concesionarias les fueron concedidas grandes territorios para la explotación, con serias consecuencias tanto para sus habitantes como para sus recursos naturales. Sin embargo, generalmente fueron incapaces de establecer las condiciones de la agricultura capitalista sostenida y sistemática (tanto

3 Como explicó Amin: “El concepto de la *économie de traite* ha sido frecuentemente usado como una mera descripción del intercambio de productos agrícolas por bienes manufacturados importados: de hecho, describe analíticamente el intercambio de mercaderías agrarias provistas por la sociedad periférica por los productos de una industria capitalista central, sean éstos importados o producidos en el lugar por empresas europeas” (1976: 329).

4 Cuando sus agentes incluyen a los militares de los países vecinos (Rwanda, Uganda, Zimbabwe).

el colono como la plantación), que fue la que prevaleció en el este (Kenya) y en el sur (el sur de Rhodesia/Zimbabwe y Sudáfrica).

El amplio esquema de Amin y las coordenadas geográficas de sus “macro-regiones” son una primera aproximación útil, pero las trayectorias de la historia moderna en África son, inevitablemente, menos inequívocas. En las colonias de la *économie de traite*, por ejemplo, la tierra fue a menudo expropiada para actividades de extracción (minera y maderera), caso de la Costa de Oro/Ghana, o con el propósito de realizar asentamientos blancos. Algunos países combinaron elementos de los tres tipos de la economía colonial, en particular Mozambique (y en menor grado, Angola). En la frontera norte de su “macro-región”, Kenya dio el ejemplo más claro –y de forma atípica– de una economía de “reserva de trabajo” centrada en las necesidades de la agricultura colonial, sin explotación mayor u otra industria de extracción (aunque la economía política de la agricultura colonial durante el período tuvo muchos paralelos con sus socios más lejanos del sur). Al mismo tiempo, la producción campesina de mercancías (y su diferenciación clasista asociada) nunca se extinguió completamente en la “reserva de trabajo”/colonias como en los casos de Kenya y el sur de Rhodesia, aun dentro de las severas constricciones impuestas por sus “reservas nativas”. Asimismo (y sorpresivamente), el esquema de Amin del “África de las compañías de concesión” no menciona la industria crucial de la minería –y sus necesidades laborales– de Kinshasa, en el sur del Congo/Zaire (con la que el adyacente Cinturón de Cobre del norte de Zambia comparte la misma geología rica en minerales). Más importante, quizás, es que las características y combinaciones de estos tipos o elementos de la economía colonial se fueron desplazando con el tiempo, y no sin frecuencia, hacia el otorgamiento de una mayor importancia a la producción de mercancías por parte del campesino, lo que fue activamente promocionado en el tardío período colonial (ver más abajo)⁵.

El punto clave es que en la mayor parte del África subsahariana, con excepción de los territorios de los establecimientos (blancos) más extensos (Kenya, el sur de Rhodesia, Sudáfrica), los granjeros “campesinos” (incluso los pastores) no fueron desposeídos, aunque sí “estimulados” por varios medios para entrar en la economía monetaria (de mercancías) como productores de bienes agrícolas y/o de fuerza de trabajo. En efecto, no se establecieron las condiciones para una completa proletarianización de la gran mayoría de los productores, como Samir Amin y muchos otros han enfatizado. Mientras los diferentes medios de “estimulación”

5 Por ejemplo, Sukumaland en Tanganyika (ahora Tanzania) colonial dejó de ser una importante fuente de migración laboral para las plantaciones de sisales del país, una vez que el algodón fue establecido allí como un cultivo campesino viable.

–impuestos, obligaciones para producir ciertos cultivos, proveer servicio laboral o entrar en contratos laborales (migrantes)– al principio involucraron la “comercialización forzada”, para usar un término empleado con referencia a la India colonial (Bharadwaj, 1985), algunos granjeros africanos comenzaron con la producción de mercancías para exportación por medio de la movilización de la tierra y el trabajo, a través de medios consuetudinarios y sin, o a pesar de, las acciones de los Estados coloniales –por ejemplo, el caso “clásico” de la producción de cacao en Ghana, presentado por Hill en su influyente estudio (1963).

Al mismo tiempo que las economías coloniales africanas se organizaron para producir productos agrarios tropicales (y minerales) para exportar a los mercados mundiales, se esperaba también que esta actividad sirviera para producir ingresos destinados a pagar la administración colonial. La formación y funcionamiento de los Estados coloniales fue marcada por lo que Berry (1993) llama “hegemonía pendiente de un hilo”. Éste también es un tema relevante en el análisis de Mamdani (1996) de la formación del Estado colonial y su legado, donde enfatiza el “despotismo descentralizado” del dominio indirecto en África. Bajo el gobierno indirecto, las escalas más bajas de la administración del Estado en el campo fueron asignadas a la autoridad de los jefes y los líderes que gobernaban por medio de la ostensible “ley consuetudinaria” de “tribus particulares” a las cuales las poblaciones rurales estaban sujetas sobre la base de su identidad “tribal”, tal como era percibida y legislada por los gobernantes coloniales. En tanto el poder de los jefes estaba profundamente subordinado a la autoridad estatal colonial –por ejemplo, en relación con los deberes de recaudación de impuestos, el reclutamiento de trabajo para los militares y las obras públicas y, en última instancia, en términos de la destitución y reemplazo de los jefes– la proporción de ellos fue, a menudo, aumentada en relación a sus súbditos. Mamdani sugiere que la remodelación del caciquismo [*chieftancy*] –con la participación activa de muchos caciques y sus aliados– fusionó, en efecto, los poderes ejecutivo, legislativo y judicial de la autoridad “consuetudinaria”, como el ejercicio del dominio indirecto en las áreas rurales. Uno de los muchos méritos del análisis de Mamdani es que conecta la política de la “cuestión nativa” en Sudáfrica con la de las colonias en el norte, sugiriendo cuán similares fueron las reacciones del gobierno indirecto (en las colonias británicas), la “asociación” (en las colonias francesas) y la segregación (luego *apartheid*) en Sudáfrica ante los temas comunes de establecimiento y mantenimiento del sometimiento “nativo”⁶.

6 La aspiración de Mamdani (1996) para una descripción no reduccionista de dominación política en el África colonial dio como resultado una aguda distinción entre la “cuestión laboral” (explotación por el capitalismo colonial) y la “cuestión

Esto tuvo efectos potentes y particulares para la tenencia y uso de la tierra (y para otras áreas), que se conectan con los asuntos de formas emergentes de mercantilización agraria, asociada ésta, a su vez, con la integración en los mercados mundiales y las divisiones del trabajo. Hay un reconocimiento general de que, a través de la institución del gobierno indirecto, lo “consuetudinario” en África –en relación con la tierra y en conexión con el estatus político– fue remodelado (o aun “inventado”) por las intervenciones coloniales (Colson, 1971; Peters, 1994, 2002; Berry, 1993; Mamdani, 1996), y de que la mercantilización de la tierra, incluyendo el desarrollo de los mercados de la tierra, fue suprimida. Las formas en las que la tierra “comunal” o “consuetudinaria”, por un lado, y la tierra estatal (en las colonias británicas de tierra de la Corona) por el otro –y sus tenencias, jurisdicciones y demandas por ellos– fueron definidas (y respondidas) conservan una poderosa resonancia en muchas partes de África de hoy, y una resonancia intensificada por el extenso crecimiento de la pobreza y la inequidad (a lo cual volveré más adelante).

Los procesos bosquejados fueron acompañados por varias percepciones y preocupaciones acerca de la “naturaleza” en África. Entre ellas se cuentan desde concepciones idealizadas de un “Edén” pre (o no) industrial (Anderson y Grove, 1987), el agrupamiento de una “cultura y naturaleza” peligrosa y salvaje (Vaughan, 1991), hasta cuestiones más pragmáticas que detectan el aparente (des) uso “derrochador” y destructivo de los nativos de la dotación de recursos frágiles. Por ejemplo, en el “cultivo cambiante”, que lleva a la deforestación, y el pastoreo, que lleva al abarrotamiento y la degradación de las tierras, desde la perspectiva de los funcionarios coloniales (Leach y Mearns, 1996; McCann; 1999; Anderson, 2002). Estas corrientes tempranas, los vínculos entre la investigación científica del medio ambiente físico de África y la conservación como un elemento de “política nativa” se volvieron centrales para la agenda colonial, con ímpetus de intervención estatal más concentrados durante la década del treinta. En algunos aspectos, ello reflejó el impacto de la respuesta política y científica al problema de la “sequía” [*dust-bowls*] en los Estados Unidos, un momento clave en la formación de la ciencia aplicada del medio ambiente como la conocemos actualmente, y que tuvo muchas repercusiones internacionales, incluso en el África colonial, como nosotros sabemos hoy (Anderson, 1984). En otros aspectos, esta preocupación más intensa por la conservación fue una de las características, entre otras, de una coyuntura en la que la dominancia colonial se consolidaba y la Gran

nativa” (opresión por el estado colonial). Algunas críticas consideran que tal distinción se plasmó en una agudeza extrema: una cosa es evitar una narración reduccionista (economicista) de la política: otra es dejar separadas para siempre a la economía y la política (ver O’ Laughlin, 2000).

Depresión de los años treinta se producía, con sus múltiples –y característicamente perturbadores– efectos para un amplio rango de ideas y prácticas sociales, políticas y económicas del capitalismo, no menores que las de las consecuencias del proyecto colonial en África y el modo en que sus contradicciones inherentes fueron percibidas e interpretadas tanto por los soberanos como los súbditos coloniales⁷.

La contradicción central de ese proyecto para sus arquitectos e ingenieros –como identificaron Phillips (1989), Cowen y Shenton (1991a, 1991b, 1996: capítulo 6) y Grischow (1998), entre otros– fue cómo desarrollar la producción de bienes en las colonias africanas sin generar divisiones sociales (especialmente clasistas) y tensiones del capitalismo (industrial) en Europa, e incluso, cómo hacerlo dentro de las obligaciones políticas de la “hegemonía pendiente de un hilo”. El gobierno indirecto, junto con sus formaciones discursivas comprehensivas, que naturalizaron/esencializaron la “tribu”, la “comunidad” y la “cultura” africana dentro de las demandas y responsabilidades de “administración” y “respeto” por la “costumbre” y “tradición” nativas, ejemplifica muy claramente esta contradicción. Fue, en cuestiones vitales, no sólo un intento por ejercitar la dominación política a bajo costo para las haciendas imperiales, sino también un esfuerzo para *prevenir, limitar o de otra manera, dirigir las dinámicas de formación clasista*, por ejemplo, por medio del retorno de los trabajadores migrantes a sus (ostensiblemente solidarias) “comunidades” tribales y de la devolución de la autoridad patriarcal benigna a sus jefes u otros (mercaderes, empresarios, aquellos que adquirirían educación occidental) para evitar que emergieran como una clase diferente de acumuladores. La “destribalización” fue una expresión muy potente de esta contradicción del proyecto colonial, porque de manera sobresaliente (y no exclusiva) fue una contraseña para la formación de una clase trabajadora y, sobre todo, de una clase trabajadora urbana.

Cowen y Shenton (1991a) inventaron el sugestivo término “colonialismo fabiano” para esa colección de ideas y prácticas consolidadas en la década del treinta, en las que el motivo central del proyecto colonial era “proteger” a los nativos de los costos del capitalismo mientras, gradualmente, se les permitía compartir sus beneficios. Lo primero requirió una prevención (o al menos un aplazamiento *sine die*) de tales bendiciones mezcladas de la civilización burguesa, como los derechos de la propiedad

7 Hacia la década del treinta, la economía mundial capitalista estaba en una fase de “desglobalización”, como Desai la define; es decir, con barreras (políticas) a la movilidad internacional de bienes, dinero y gente, que no habían existido en la “edad de oro” que finalizó en 1914. Resulta innecesario decir que los efectos de la Depresión intensificaron los esfuerzos de las potencias europeas para conseguir, de sus colonias africanas, niveles más altos de extracción de beneficios fiscales y económicos.

privada de la tierra y la facilidad de acceso al crédito comercial para los empresarios africanos (Cowen y Shenton, 1991b). Así como impuso las responsabilidades y demandas de la regulación profiláctica, el impulso fabiano también sancionó más intervenciones proactivas para “adelantar” a los africanos y protegerlos. En la década del treinta, esto fue expresado en una cantidad de áreas de política social y económica, que incluían el planeamiento del uso de la tierra y la conservación del medio ambiente y que se trasladarían a la escena central en el momento de posguerra del “desarrollo y el bienestar colonial”. De forma semejante, en este segundo período, las muchas expresiones de las contradicciones entre el proyecto colonial y sus temas fueron desarrolladas. Se pusieron de manifiesto en la década del treinta con el creciente activismo de los trabajadores africanos, las “huelgas” campesinas y otras acciones contra la caída de los precios de los cultivos de la década de la Depresión, pero también en un rango de procesos y controversias menos abiertos y dramáticos, a través de los cuales los africanos –y diferentes grupos de africanos, desde trabajadores migrantes a otros acumuladores emergentes– buscaron evadir, desviar o de otra manera poner al servicio de sus propias ventajas a las instituciones, formas y prácticas del dominio colonial con sus muchas tensiones y ambigüedades.

COLONIALISMO TARDÍO, 1940-1950

Las ideas y las prácticas del desarrollo económico y del rol del gobierno en su promoción fueron cambiadas profundamente por los efectos de la Depresión, seguidos por los de la Segunda Guerra Mundial y los de la reconstrucción de posguerra (no sólo de Europa y Japón y sus anteriores colonias en el este de Asia, sino también por las nuevas instituciones “Bretton Woods” establecidas para crear y mantener la estabilidad en las relaciones internacionales de comercio y monetarias). El rol económico central del gobierno durante la guerra y la reconstrucción de posguerra, el auge de los mercados de bienes primarios en la década del cincuenta y la adopción de las políticas macroeconómicas keynesianas dieron como resultado inversiones, auspiciadas o provistas por el Estado, en la infraestructura física y social, y el aumento de la producción. Esto fue cierto en los países metropolitanos, así como también en las colonias, bajo la rúbrica del “desarrollo y bienestar colonial” que, aunque en una escala más convenientemente modesta (en términos del gasto y la preocupación imperial), de considerable significación para las economías coloniales. Las juntas de distribución y venta de cultivos de los años de la Depresión tomaron funciones más “desarrollistas” y se establecieron otras formas paraestatales –varios tipos de corporaciones y esquemas de desarrollo.

Durante la década del cincuenta, al menos algunas colonias europeas de África estaban siendo “preparadas” para la independencia a

través de medidas para implementar reformas en su gobierno. En muchas colonias británicas el gobierno indirecto, a través de la autoridad consuetudinaria, fue parcialmente reemplazado por esfuerzos tardíos para instituir gobiernos locales representativos bajo la forma de consejos municipales y rurales, con poderes legislativos para descargar funciones específicas, incrementar parte o mucho de su ingreso, y reclutar y gerenciar su propio personal (Kasfir, 1993). El carácter parcial y desigual, y por lo tanto ambiguo, de tales reformas –sumado a los activistas que atrajeron a la política local y nacional hombres más jóvenes, mejor educados y/o empresarios)– agregaron, con frecuencia, capas adicionales de complejidad y tensión para los integrantes del gobierno indirecto y para las demandas y contrademandas de la autoridad del cacique (que fue desafiada, más que necesariamente extinguida).

Las combinaciones de las nuevas iniciativas políticas y económicas con los discursos del período de posguerra estuvieron particularmente delimitadas en relación con las políticas agrarias y de conservación, en formas que calificaron, pero que también reprodujeron, aspectos de versiones anteriores del proyecto colonial y sus antinomias. Un importante ejemplo de esta dinámica fue el nuevo deseo de establecer una clase de pequeños granjeros africanos “progresistas” o pequeños terratenientes. Esta “familia” de granjeros pequeño-capitalistas, en general especializados en la producción de cultivos de exportación de valores más altos, que usaban “modernos” materiales de producción y técnicas sobre esquemas de gerenciamiento gubernamental, serviría como una vanguardia de modernización técnica y de crecimiento de la producción agraria, como ejemplo de la modernidad cultural y como una fuerza para la responsabilidad cívica y la estabilidad social luego de la independencia. Así, el objetivo de la Corporación Agrícola de Tanganyika, establecida en 1953, fue promover “una clase próspera y saludable de pequeños granjeros terratenientes, firmemente establecida en la tierra, agradecida por sus frutos, celosa de su propia riqueza y dedicada a mantener la unidad familiar sobre ella” (citado en Cliffe y Cunningham, 1973: 134).

Esta visión y los medios para realizarla aumentaron las dificultades sobre la tenencia de la tierra “comunal” o “consuetudinaria” [*customary*]: en tanto uno de los cimientos del gobierno indirecto y de la autoridad de los caciques (y la “estabilidad” rural), la tenencia consuetudinaria iba a ser vista ahora como un obstáculo para la modernización agraria que requería una base de derecho e incentivo de propiedad privada, aunque bajo la supervisión del Estado. Significativamente, el intento quizás más importante de “reforma agraria” –el reparto de la tierra combinada con el título individual– en el último período colonial fue el Plan Swynnerton en la Provincia Central de Kenya, durante el despertar de la rebelión armada de los Mau Mau (Kitching, 1980; Leo, 1984).

El otro lado de la moneda de tal modernización agraria, sumado a la inversión en alza y a la atención de las investigaciones agrícola y ambiental, fue la preocupación creciente por la conservación del suelo y la planificación del uso de la tierra. Mientras se hacían esfuerzos para promover la producción moderna y especializada de cultivos de valores más altos, el uso de fertilizantes y la mecanización de los esquemas “progresistas” de los granjeros, fue el momento en que las nociones de “capacidad de sobrellevar” de los medios ambientes particulares para humanos y ganado fueron “operacionalizados” (el término militar “operaciones” es una característica y un rasgo novedoso de los discursos de este tiempo) en los planes de asentamiento y reasentamiento. En el implemento de tales proyectos para establecer un “modelo” de unidades de granja mixtas de agricultura y ganadería a pequeña escala se involucra una menor o mayor coerción, por ejemplo, en la “mejora” en Sudáfrica (De Wet, 1995), en el Plan Swynnerton en Kenya (Sorrenson, 1967), en el reasentamiento en el norte de Rhodesia/Zambia (Allan, 1965) y en el *encadrement* por parte del CFDT en los planes de cultivo de algodón en el África occidental francófona (Raynault et al., 1997). La coerción fue particularmente pronunciada en las colonias menos “desarrolladas”, donde los incentivos de mercado fueron menores y la compulsión política para cobrar los cultivos, el trabajo *corvéé* y la migración laboral continuaron hasta la década del cincuenta en el Congo Belga y hasta la década del sesenta en los territorios coloniales de Portugal.

Las corporaciones de desarrollo paraestatal y la promoción de cultivo (de exportación), el planeamiento del uso de la tierra y las regulaciones de conservación, el planeamiento macroeconómico rudimentario y el proyecto de inversión y manejo del Estado –los aparatos y las prácticas de las versiones contemporáneas de la “modernización”– formaban parte de los muchos legados del colonialismo tardío en el momento de la independencia. En ese entonces, la producción generalizada de bienes había sido establecida a lo largo del África subsahariana. Esto quiere decir que, desde las condiciones iniciales de la “comercialización forzada”, la gran mayoría de los africanos tuvo ahora que perseguir su reproducción bajo la “dura compulsión de las fuerzas económicas”, en términos de Marx. Las relaciones sociales básicas y las compulsiones del capitalismo fueron internalizadas en la producción “campesina”, en los circuitos familiares (rurales) y en la “comunidad”, así como también en los crecientes centros urbanos⁸. Incluso, muchas regiones ya habían

8 La racionalización teórica para esta observación nunca ha sido mejor explicada que en el importante trabajo de Gibbon y Neocosmos (1985). Ellos también clarificaron las malas interpretaciones de las investigaciones del capitalismo en la periferia imperial que fallaron o en encontrar o en etiquetar sus relaciones mercantiles como menos que

sido caracterizadas por múltiples conexiones entre la agricultura y otras prácticas económicas en las divisiones sociales de trabajo constituidas por las relaciones de mercado, como el empleo asalariado y el autoempleo en la producción de bienes no agrarios. La demarcación de ciertas áreas rurales como “reservas de trabajo” para fincas agrícolas, plantaciones y minas, abastecidas por las migraciones cíclicas de trabajadores, fue establecida a lo largo de regiones bastante diferentes del África subsahariana. Por ejemplo, con la emigración desde zonas sahelianas del oeste de África a la dinámica de la producción de cultivos para la exportación pequeño capitalista de sus cinturones boscosos, y la migración laboral a los grandes complejos mineros del sur de África. Por lo tanto, las combinaciones del “azadón y salario” (el título de Cordell et al., 1996)⁹ fueron centrales para la reproducción de muchos “campesinados” africanos en el momento de la independencia, en algunos casos, desde el temprano período colonial y, en muchos otros, más allá de las zonas más evidentes de “reservas de trabajo”, como el sur de Mozambique y los bantustanes en el sur de África.

INDEPENDENCIA Y DESARROLLISMO, 1960-1970¹⁰

El tardío modelo colonial del desarrollo económico liderado por el Estado fue en gran parte asimilado por los nuevos gobiernos africanos independientes, aunque reforzado y reconfigurado, en algunos casos, por aspiraciones a un planeamiento y acumulación de mayor extensión y por el compromiso con una “construcción nacional” como

“completamente” o “propiamente” capitalistas porque no replican las de un capitalismo “avanzado” ideal-tipificado (o “estereotipado”, en términos de Lenin).

9 Esto proveyó el objeto principal de muchas de las teorizaciones de las “articulaciones de los modos de producción” en el contexto africano, y fue anticipado por un comunista sudafricano, D. I. Jones, en 1921: “Ésta, entonces, es la función de los territorios nativos, servir como baratos suelos de cría de trabajo negro –los repositorios del ejército reserva de trabajo nativo–, a los que succionan o dejan afuera de acuerdo con las demandas de la industria. Por medio de esos territorios, el capital está librado de la obligación del pago de salarios para cubrir el costo del trabajador para reproducirse”. También citado por Legassick y Wolpe (1976:87).

10 La mayor parte de los países de África subsahariana consiguió la independencia política en un corto tiempo, desde los tardíos cincuenta hasta mediados de los sesenta; es notable que las excepciones principales estuvieran en el sur y en el centro de África, en países con extensa propiedad de la tierra de origen colono (blanco): Angola y Mozambique en 1975; Zimbabwe en 1980; Namibia en 1990 y, finalmente, Sudáfrica misma en 1994, siguiendo la transición desde 1990. En todos estos casos (como en otra colonia importante de Portugal, Guinea Bissau, en el occidente de África), la lucha armada jugó un rol en la liberación, a diferencia de la ola anterior de descolonización en el África subsahariana, aparte de la insurrección de los Mau Mau (la Armada por la Libertad y la Tierra) en Kenya, durante los cincuenta.

un proyecto social y político¹¹. El resultado fue un gran aumento de la escala de inversión estatal, tanto en el sector económico como en el social, y en relación con el primero, con la finalidad de dirigir la mayoría de la industrialización por sustitución de importaciones, con grandes proyectos de infraestructura (en comunicaciones, generación de energía, agua), y con la producción primaria (agricultura, explotación minera, maderera), generalmente a través de la formación de campañas paraestatales (en las utilidades públicas de finanzas y manufacturas, ingresos agrarios y servicios). Muchas de estas inversiones fueron financiadas por la ayuda externa, cuyas agencias, y no menos el Banco Mundial, estuvieron involucradas en el diseño –e incluso en la dirección, mediante asistencia técnica– de gran parte de estas ambiciosas empresas de desarrollismo estatal, durante el período inicial y optimista de la independencia.

El advenimiento de la independencia política en la mayor parte del África subsahariana llegó en un momento propicio de la economía mundial, entonces en su período de mayor y sostenido crecimiento (la “edad de oro” del gran auge de posguerra)¹². La década del sesenta vio la tasa de crecimiento más grande de exportación agrícola desde los veinte, y para muchos países africanos esto significó su primera década de independencia, la experimentación del período de más alto crecimiento económico nacional desde el fin del gobierno colonial (Arrighi, 2002). Durante la década del setenta, sin embargo, la versión africana de una crisis fiscal del Estado fue exponiendo la vulnerabilidad extrema de sus economías y su gente dentro del imperialismo. Ello fue vivenciado con creciente intensidad a medida que la recesión mundial producía una serie de “golpes externos” a las economías africanas (con excepción, inicialmente, de los exportadores de petróleo y de un nuevo exportador de diamantes en el caso de Botswana).

11 Cooper (2002) argumenta, especialmente en el capítulo 5, que las continuidades del proyecto (estatista) de “desarrollo” fueron más significativas en ciertos aspectos que el momento político de ruptura con el gobierno colonial hasta la independencia.

12 Ello también fue la “edad de oro del capitalismo *nacional*” (Desai, 2002: capítulo 14), centrada en los Estados Unidos, Europa occidental y, de manera creciente, en Japón y Asia oriental, antes de que semejantes “capitalismos nacionales” dieran lugar a una acelerada (segunda) ola de globalización a partir de los ochenta, catalizada por la profunda recesión internacional de los setenta. En líneas paralelas, Friedmann (1993) provee un importante análisis del “régimen internacional de alimentos” bajo la hegemonía de una única “agricultura nacional”, la de los Estados Unidos, hasta los comienzos de los setenta: cómo esa hegemonía (en su relativa estabilidad) fue socavada por la formación de las “agriculturas nacionales” rivales que emularon el modelo estadounidense (de una alianza agro-empresaria con el Estado), y cómo las corporaciones agro-empresarias globalizaron cada vez más sus estrategias y prácticas de negocios.

Como es posible deducir de lo anterior, la independencia protagonizó un gran crecimiento del Estado en términos de sus ambiciones sociales y económicas, sus gastos y porción del PBI, el empleo y su centralización administrativa y política. Todas estas características fueron necesariamente consideradas para, o al menos justificadas por, las demandas del “desarrollo nacional” y la “construcción nacional” luego del subdesarrollo forzado y la explotación del gobierno colonial, como la supremacía de Estados unipartidarios, en formas *de jure* o *de facto*, y el incremento frecuente de los golpes y regímenes militares que de manera semejante buscaron su legitimidad en el fracaso de los gobiernos civiles para llevar a cabo la promesa de desarrollo. Por otra parte, las instituciones de gobiernos descentralizados que fueron promovidas, particularmente durante los últimos años del dominio colonial, fueron percibidas, luego de la independencia, como ineficientes y propensas a la generación de rivalidades subversivas, étnicas y regionales en contra del desarrollo y la construcción nacional. Fueron entonces progresivamente abolidas o convertidas en meros gestos al quitarles el control de los presupuestos y el nombramiento de personal, y localizando fuertemente las tareas del desarrollo en el gobierno central, con su necesaria concentración de recursos y pericia (Kasfir, 1993). Mamdani (1996) identifica dos herencias del Estado colonial tardío: lo que llama Estados “conservadores” (por ejemplo Kenya, Botswana y Nigeria) retuvieron un lugar clave para los caciques, y por lo tanto identidad “tribal” en las estructuras de la administración en las zonas rurales; por su parte, los Estados “radicales” (Tanzania, Mozambique luego de 1975, y en menor medida, los Estados francófonos de África occidental como Guinea, Malí y Senegal) abolieron las autoridades consuetudinarias, pero reprodujeron el “despotismo descentralizado” a través de las prácticas “mandatarias” de las camarillas locales, tanto políticas como administrativas, sobre los sujetos rurales. Entre estos casos, la implementación de la aldeanización de las “campañas” de Tanzania en la década del setenta –otra metáfora apropiadamente militar– puede ser vista como emblemática.

Las políticas de modernización de la agricultura dirigidas por el Estado continuaron luego de la independencia. En muchas instancias, la escala de las intervenciones aumentó, particularmente en forma de grandes proyectos de riego, granjas estatales y empresas conjuntas con capitales agro-empresarios extranjeros. Éstas y similares intervenciones para el desarrollo agrario implicaron un aumento de las apropiaciones de la tierra, comúnmente dentro de una afirmación constitucional más amplia de adquisición estatal de la tierra, que tomó posesión de, o extendió las provisiones del gobierno colonial (Francis, 1984; Shivji, 1994). Dicho de otra forma, la tenencia de la tierra se mantuvo, en gran medida, sin cambios desde el tardío período colonial. Donde el gobierno

militar inició la titularización de tierras para establecer la posesión vitalicia (por ejemplo en Kenya), esto tendió a continuar. En aquellos lugares donde la tenencia consuetudinaria fue reconocida bajo el gobierno colonial, explícitamente o por omisión, también se produjo la misma tendencia, aunque, como se indicó más arriba, frecuentemente como un terreno que fue impugnado debido a las presiones de la simple reproducción para la mayoría de la profundización de las relaciones de mercado (y con oportunidades para la acumulación de algunos) y del cambio demográfico asociado, incluyendo la migración a nuevas zonas fronterizas de agricultura.

Hubo, sin embargo, cambios significativos de los antecedentes coloniales, por ejemplo, en el énfasis más centralizado en la superación de la pobreza rural como meta de las políticas de desarrollo. Ello se puso de relieve en el aumento de los ingresos a través de esquemas agrarios y del bienestar familiar con el impulso al consumo de bienes públicos (agua potable, educación, cuidado de la salud). Las juntas de mercadeo y otras corporaciones paraestatales, tanto en cultivos de exportación como en alimentos básicos, fueron en general remodeladas como agencias proactivas de integración vertical junto con sus respectivas cadenas de bienes de mercado. A partir de sus ingresos, proveían servicios de extensión y crédito para la venta, el almacenaje y la distribución de alimentos básicos. Modeladas en la creciente integración de la agricultura en los países capitalistas avanzados, por medio del agro-negocio y el capital de la industria alimenticia de la agricultura (y ayudadas por las políticas externas de comercio y cultivo de los Estados Unidos y la Unión Europea), tales expansiones institucionales fueron parte de una estrategia más general de “modernización” del “campesinado” o del cultivo “familiar” que suponía una intensificación de la mercantilización, especialmente en la producción de cultivos de exportación (Bernstein, 1981; Raikes, 1988). No obstante, en las condiciones políticas iniciales de la independencia, probablemente haya habido una reducción de las intervenciones de la tierra en nombre de la regulación y la conservación del medio ambiente (al menos en cultivos agrícolas y mixtos más que en áreas de pastura). Esto puede haberse debido a que estaban subordinados a los imperativos del crecimiento de la producción agrícola (y productividad), y a que la imposición y política de los Estados coloniales había generado una resistencia en las áreas rurales que hizo su propia contribución al anticolonialismo popular y a la legitimidad de los partidos nacionalistas que demandaban la independencia.

En la década del setenta, el optimismo y las aspiraciones de los primeros años del desarrollo poscolonial liderado por el Estado –y de hecho, algunos de los logros irregulares– se convirtieron en sujeto de crecientes tensiones, parcialmente a causa de sus contradicciones intrínsecas (los

intelectuales socialistas africanos fueron pioneros en el análisis de esto) y, ciertamente, por las tendencias adversas en los mercados mundiales, la reestructuración económica global y los realineamientos políticos que los sucedieron. Se generó así un torrente de discursos centrados en la patología de los Estados africanos y en el desarrollo dirigido por el Estado, en un momento en el que los temas medioambientales (degradación, conservación, sustentabilidad) se ubicaban en el centro de las preocupaciones, y en el que, especialmente los setenta, sumaban imágenes dramáticas de la sequía y del hambre como manifestaciones de la “crisis” africana.

LA ERA DEL AJUSTE ESTRUCTURAL, DESDE 1980 HASTA EL PRESENTE

Los ambiciosos planes de gasto y los compromisos de desarrollo liderados por el Estado después de la independencia, combinados con el aumento de los costos de las importaciones de petróleo (y otras importaciones estratégicas), luego de que la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) aumentara los precios en los setenta, llevaron a la escalada los préstamos externos para los gobiernos africanos (alentados por los bancos americanos y europeos, con vastas cantidades de petrodólares para prestar). La deuda que resultó estaba agravada por la recesión en las economías industrializadas con la presión descendente sobre los precios de los productos básicos. Ello redujo las ganancias del intercambio extranjero de muchos países africanos y socavó su capacidad de servicio de créditos, sobre todo a medida que aumentaban las tasas de interés real. La incidencia de grandes sequías en muchas partes de África exacerbó el déficit de cambio externo al incrementar la necesidad de importación de alimentos (Raikes, 1988). En un creciente número de países (Etiopía, Somalia, Sudán, Angola, Mozambique, Ruanda, Zaire/Congo, Liberia y Sierra León), estas presiones se agravaron dramáticamente por la guerra. Por medio de la combinación de estos factores, virtualmente cada país del continente entró en negociaciones con instituciones financieras internacionales (el Fondo Monetario Internacional [FMI] y el Banco Mundial) para conseguir la reprogramación de la deuda y otras ayudas financieras, a cambio de adoptar e implementar políticas públicas de “ajuste estructural” y buscando su ventaja en los mercados globales financieros y comerciales¹³.

El precio de semejantes apoyos fue la introducción de reformas de “ajuste estructural” amplias (si eran implementadas desigualmente) en la política económica (micro y macro), en la política social y en las ins-

13 Desai, quien cree en los beneficios tanto como en lo inevitable de la globalización, comenta que “las pretensiones de omnisciencia del FMI habrían sido absurdas si sus consecuencias no hubieran sido tan trágicas”.

tuciones públicas. Las principales líneas de tales reformas son bien conocidas. La primera fase del préstamo de ajuste estructural (SAL, por su sigla en inglés) hizo hincapié en la “reducción del Estado” para “alcanzar los precios justos”, es decir, para permitir al “mercado” (o al mecanismo de mercado) lograr su eficiencia eliminando las innumerables fuentes de “distorsión” de precios resultante de la intervención del gobierno. En el nivel macroeconómico, esto se centró primero y ante todo en la devaluación (las tasas de intercambio sobrevaluadas se mantuvieron para favorecer las importaciones y a los importadores, en detrimento de los productores de bienes exportables y, en especial, del sector de la agricultura) y se combinó con la liberalización del mercado interno y externo, las reducciones intensas del gasto público (y del empleo), la privatización de industrias y servicios estatales, y así sucesivamente. Una segunda fase del SAL sumó a la primera la preocupación acerca de la “capacidad de construcción” de las instituciones públicas y gubernamentales, cuando se apreció que el crecimiento económico y el bienestar en África requería que los Estados fueran no sólo “magros” sino también más eficientes. Un discurso más generalizado del “buen gobierno” se incorpora a lo que puede o no ser una tercera fase del SAL, constituida por lo que es demandado (y respondido) como un consenso “posWashington”, y delimitada por la defunción (¿o la modificación?) de las ideas neoliberales anteriormente más virulentas y triunfalistas (Fine et al., 2001).

El presupuesto general del SAL respecto de la agricultura es, por supuesto, alentar las exportaciones agrícolas de acuerdo con las “ventajas comparativas” de las economías africanas (y sus dotaciones de recursos y de factores) en el comercio internacional, con el fin de revivir el motor del crecimiento económico y restaurar y mantener la estabilidad macroeconómica (Bernstein, 1990; Gibbon, 1992). Esto se alcanzaría, adecuadamente, con la rehabilitación de los cultivos históricos de exportación (cuya producción se había deteriorado durante los años setenta y ochenta) y/o con la promoción de las exportaciones “no tradicionales” de alto valor (relativo) apuntadas a los nichos de los mercados globales –productos hortícolas e, incluso, plantas ornamentales y flores usualmente cultivadas bajo contrato y que requieren una comercialización altamente organizada y eficiente (Little y Watts, 1994; Raikes y Gibbon, 2000; Daviron y Gibbon, 2002)¹⁴. Algunas de las condiciones (y de las constricciones) de este manejo de la agricultura (intensificada) para la exportación en la globalización actual, tanto como sus modalidades y efectos, son esquematizados en el primer trabajo de este volumen.

14 Las drogas pueden estar entre las exportaciones comúnmente “no tradicionales” más dinámicas e importantes de África (marihuana/cannabis) y entre re-exportaciones (heroína, cocaína) en el nuevo mundo feliz de “globalización” contemporánea (Berstein, 1999).

Yuxtapuesta (más que integrada) a esta estrategia de “plataforma de exportación” (Friedman, 1993) del renacimiento de la agricultura, de la productividad y del crecimiento del ingreso, se encuentra la preocupación por la degradación y la conservación del medio ambiente. Ésta volvió a tener una centralidad a partir de los ochenta comparable a la de los treinta y los cincuenta y se enlaza, ahora, con los discursos de la seguridad alimenticia, la pobreza rural y el sustento. El comienzo de la sequía prolongada en el Sahel en los setenta y en otras partes (en el noroeste de África en los setenta y los ochenta, en Sudáfrica a principios de los ochenta y nuevamente en los comienzos de los noventa) revivió las percepciones coloniales de los usuarios de las tierras africanas como agentes de la destrucción medioambiental. Las interpretaciones alternativas que vinculaban la indigencia saheliana a patrones de mercantilización que llevaron a la expansión de las tierras cultivables a más áreas proclives a la sequía (por ejemplo en Franke y Chasin, 1980) quedaron mayormente a la sombra de la narrativa neomalthusiana de gran parte del pensamiento medioambiental europeo y norteamericano: la presión de la población sobre las ecologías frágiles generó pobreza en aumento y las frecuentes crisis de hambruna en el África rural vinculadas al declive de la productividad de la base biofísica de recursos (tierra, vegetación, agua), un proceso de “degradación” del que la “desertificación” es un emblema.

El punto de vista medioambiental sobre la crisis rural como consecuencia del exceso de cultivo y de la degradación de los “ecosistemas frágiles” por parte de las poblaciones rurales pauperizadas y en rápida expansión –desde las sequías sahelianas de los setenta a las subsecuentes cosechas malogradas en Etiopía y en el sur de África– se volvió un elemento potente y central de la sintomatología de las miserias africanas. Mientras que las variantes de esta narrativa también les echan la culpa a los gobiernos africanos incompetentes y predadores que exacerbaban la pobreza rural a través de la distorsión de los mercados agrícolas, el paradigma neomalthusiano esencial persiste en la retórica de las agencias de desarrollo internacional. De esta manera, el Banco Mundial (1996: 22-25) caracteriza a la agricultura de la región sudano-saheliana como de “cultivos cambiantes”, donde “una de las tasas anuales de crecimiento de la población más rápidas del continente [...] ha terminado siendo una espiral descendente en la degradación de los cultivos extensivos y en la escasez de leña [...] ha aumentado la escasez de agua y la pérdida de hábitat naturales”. De forma similar, el Fondo Internacional para el Desarrollo de la Agricultura (IFAD, 1994:10) se refiere a “un ciclo vicioso de sinergias negativas” en el que “incapaz de incrementar los rendimientos, el aumento del número de personas pobres pone presión al medio ambiente minando los suelos, destruyendo los bosques y agotando las reservas de vida silvestre [...] Y porque los pobres tienden a

tener altas tasas de fertilidad [...] la población crece a tasas elevadas y el ciclo destructivo vuelve a comenzar”¹⁵.

La “crisis” actual, duradera y compuesta, del África subsahariana –de “desarrollo”, de pobreza, seguridad social y gobernabilidad, marcada por guerras, los estragos del SIDA y los “desastres” ecológicos– la convierten virtualmente en una zona ideológica “libre” para un espectro de diagnosis y prognosis que convergen en explicar la crisis por los problemas internos de África, bien en relación con las prácticas medioambientales destructivas de sus pobres rurales (recién citadas), con la codicia de sus “Estados neopatrimoniales” (Van der Walle, 2001), o mediante el reciclado de lo que pueden llamarse las narrativas “primordiales” del “excepcionalismo” africano (de origen colonial). Es decir que la raíz del problema de África es su africanismo [*africanness*] (por ejemplo en Hyden, 1983; Chabal y Daloz, 1999). Habiendo esbozado estos aspectos del contexto más amplio, el siguiente paso es focalizar más de cerca (aun en términos generales) aspectos de la agricultura, de la reproducción y del sustento y del lugar que ocupa en ellos el acceso a la tierra en la coyuntura actual de ajuste estructural y globalización.

TRABAJO Y TIERRA, REPRODUCCIÓN Y CLASE

El difunto Phil Raikes (2000) observó que en un importante sentido no hay una “agricultura africana”, pero sí un rango de agriculturas, por lejos, mucho mayor que en Europa, definido no sólo por las condiciones y tecnologías medioambientales de cultivo, sino también por las relaciones sociales y las formas de su organización y sus contribuciones al sustento: la reproducción del trabajo. Los patrones y las contradicciones del cambio respecto del trabajo, la tierra y la reproducción en la historia africana moderna, con todas sus especificidades de tiempo y lugar, desafían cualquier generalización empírica simple. Reconocer esto no es resignarse al particularismo etnográfico favorecido por (algunos) antropólogos o histo-

15 Esto no implica negar la importancia del cambio demográfico. Por un lado, las visiones malthusianas son penetrantes, y en general reaccionarias en su propósito y/o en su efecto (Ross, 1998). Por otro lado, hay una fuerte contranarrativa malthusiana en los estudios de África, que contiene reflexiones mezcladas. Boserup (1965) es una fuente clásica del contraargumento malthusiano aplicado al desarrollo de la agricultura, en el que un África históricamente poblada de manera irregular es vista como el ejemplo de los sistemas agrarios “centrados en lo femenino”. Una inclinación ideológica bastante sesgada se encuentra en Tiffen et al. (1994), donde se fusiona una especie de natalidad con una creencia en las virtudes de los mercados. En relación con estos últimos puede verse el comentario crítico de Murton (1999). El punto principal es que los patrones de crecimiento de la población –y distribución, dada la marcada movilidad de los productores rurales africanos, antes y ahora– y sus efectos, en condiciones de relaciones y dinámicas sociales específicas (siendo ellas las claves del cambio demográfico), son centrales para cualquier análisis materialista apropiado.

riadores, sino evitar algunas nociones demasiado esquemáticas de un común –y uniforme– síndrome africano¹⁶. En cambio, el propósito debería ser identificar “temas generales”, de los que las historias específicas originan “variaciones complejas”, para adaptar un término formulado en otro contexto por Gilsenan (1982: 51). Los temas generales que nos conciernen aquí son los procesos de mercantilización, de deterioro de las condiciones macroeconómicas, incluyendo aquéllas de los mercados laborales y de las presiones que soporta la reproducción social en combinación con la creciente inequidad durante el período actual de globalización y ajuste estructural. Sus variaciones complejas abarcan las diferencias según el modo en que esto es experimentado y entre las formas de lucha social que las respuestas colectivas e individuales generan¹⁷.

Una generalización que puede hacerse con confianza, sin embargo, es que la pobreza y la inseguridad han crecido y que los estándares de bienestar han declinado, para la gran mayoría de los africanos, en las décadas recientes. Esto es un efecto de las deterioradas condiciones de reproducción concernientes tanto al trabajo asalariado como a la agricultura, y de las diferentes maneras en que se combinan; también es producto del retroceso de la provisión de bienes públicos, como la atención sanitaria y la educación (a pesar de lo inadecuados que ya eran), en especial en las áreas rurales¹⁸. A fines de la década del noventa, al menos la mitad de los países del África subsahariana registró volúmenes menores de exportación agrícola que en la de la década del setenta (Sender, 2002: 191). Las presiones en la producción de cultivos de exportación no excluyen, en medida variable, aspectos del cambio en las condiciones del mercado mundial (como la superproducción sistémica de muchos cultivos tropicales de exportación); la reorganización de las cadenas comerciales globales y un general, si no uniforme, giro de las cadenas

16 Sin omitir cualquiera de esas nociones con contenido y propósito ideológico diferente (positivo) ni el ejemplo (negativo) dado más arriba. Así, por caso, la noción de Samir Amin de “la unidad de la personalidad de África” (1976: 318).

17 Respecto de la “variación compleja”, A. Sivanandan (1990: 8) describe cómo su experiencia de los diferentes lugares donde creció, estudió y trabajó en Ceylon/Sri Lanka, lo ayudó más tarde a “ver cómo el colonialismo británico y otros habían impactado en nuestro país en períodos históricos diferentes, de distintas maneras, en diferentes lugares, y habían arrojado formaciones sociales muy diversas [...] dejándonos en un subdesarrollo de formas variadas, que apuntalaron las diferencias entre la gente de nuestro país y que más tarde se discutieron y definieron en términos étnicos o raciales”. Ambos puntos –la diversidad de las formaciones sociales y los procesos a través de los cuales la diferencia se define en términos étnicos– son de gran importancia tanto para la consideración de la cuestión agraria como de otras problemáticas sociales en el África contemporánea.

18 Para una útil reseña de los patrones del gasto público bajo la estructura del ajuste estructural, ver el capítulo 2 de Van der Walle (2001).

impulsadas por el “vendedor” hacia las conducidas por el “comprador” en los procesos de globalización (desde los mercados financieros desregulados hasta las nuevas tecnologías de procesamiento y transporte; desde la regulación estándar de alimento hasta las estrategias de poner marcas y procedencias en los productos de las crecientes corporaciones concentradas de la industria de alimentos); y los efectos del ajuste estructural, específicamente con la privatización y la liberalización en las condiciones de la producción agrícola (por ejemplo, en la importante caída del uso de fertilizantes por parte de los pequeños granjeros), en el comercio (deterioro de la infraestructura rural de transporte) y, como consecuencia, en la cantidad y calidad de los cultivos destinados a la exportación –que también están determinados, por supuesto, por los efectos negativos sobre el precio y el ingreso de las tendencias globalizantes apuntadas (mercado global)¹⁹.

Por otro lado, es razonable concluir que a la producción de alimentos (en conjunto) le ha ido mucho mejor. Aunque la información sobre la producción de alimentos del África subsahariana es poco confiable, es muy probable que esté subestimada antes que sobrestimada, y ello por razones tanto técnicas como políticas (Berry, 1984; Raikes, 1988; Wiggins, 2000; Sender, 2002), sin omitir, por lo demás, sus deformaciones de género (Guyer, 1983). Muchas áreas rurales cercanas a los centros de progresiva demanda urbana han virado de los cultivos para exportación –con sus típicos pagos anuales únicos luego de la cosecha y sus reembolsos en declive– a la producción de cultivos de alimentos, estimulada también por la atracción de lo que Ponte llama “cultivos rápidos”, que ayudan a “satisfacer la creciente necesidad de cantidades cada vez mayores y más regulares de efectivo” (2002: 122). El autor también muestra cómo el desplazamiento a los “cultivos rápidos” puede conducir a nuevas formas de contratos y acuerdos de trabajo (2002: capítulo 7).

Deborah Bryceson (1998: 185) da cuenta del “problema fundamental” (exacerbado, si no causado, únicamente por el ajuste estructural) de la incapacidad de “la agricultura de los campesinos africanos para competir en el mercado global actual”, como un componente de su tesis más amplia de la “desagrariarización” (Bryceson, 1996) o “descampesinización” (Bryceson, 1998), manifestada en la cada vez mayor proporción de los ingresos rurales “derivados de las fuentes no agrícolas”

19 Friis-Hansen (2000) presenta una reseña útil y una discusión de los efectos del ajuste estructural para la agricultura del África subsahariana; Raikes y Gibbon (2000) dan cuenta de los matices empíricos y analíticos de las cadenas globales de mercaderías y de la agricultura africana para la exportación, aspectos que son posteriormente desarrollados en Daviron y Gibbon (2002), quienes se focalizan particularmente en el modo en que el ajuste estructural ha afectado la colocación de las cosechas para exportación dentro de los países productores.

(Bryceson, 1998: 172)²⁰. Al mismo tiempo –y esto es una segunda generalización, o al menos un “tema general” con sus variaciones colaterales– hay una especie de efecto tijera en el trabajo para aquellos cuya reproducción en el África rural está asegurada por las combinaciones del autoempleo, del salario del propio cultivo y del salario conseguido fuera de él, incluyendo a muchos cuyos ingresos no provenientes del agro han sido esenciales, históricamente, para afrontar los costos de entrada y de reproducción de sus empresas agrícolas. Esto quiere decir que “la contracción del sector campesino”, como la denomina Bryceson, se produce junto al colapso de los salarios reales (y de las oportunidades de empleo) en el sector formal²¹. Lo anterior, entonces, ejerce una presión adicional en la reproducción de la agricultura (y a través de ella) y, como consecuencia, intensifica la búsqueda de medios de subsistencia en y fuera de la tierra. Bryceson sugiere que una manifestación de esta “revuelta por efectivo” generalizada (también señalada por Ponte) se localiza en los nuevos mercados de bienes y servicios. Incluso, estas nuevas ramas de la actividad económica rural provocan cambios generacionales, en el género y en otras relaciones familiares por medio de las que la agricultura familiar se organizaba (por ejemplo, hacia una individualización más profunda de la actividad económica, así como también hacia la diferenciación clasista).

Una tercera generalización empírica es que la crisis económica de África es tan abarcativa que incluye a muchos profesionales de la pe-

20 Para estas fuentes no agrícolas da un promedio crudo (a lo largo de las variaciones regionales y domésticas) de aproximadamente el 40%. Las encuestas aldeanas producidas por Ponte (2002: capítulo 8) en Tanzania, en 1994 y 1995, arrojaron los resultados de más del 52% y del 68% de ingresos no agrícolas en el total de los ingresos domésticos rurales en los distritos rurales de Songea y Morogoro, respectivamente. Mi presentimiento es que incluso el promedio crudo de Bryceson está subestimado. Como enfatizan correctamente Francis (2000) y Peters (2004), la “diversificación” de las fuentes del ingreso para los granjeros de África no es nueva, pero indudablemente ha crecido y tomado nuevas formas, que son ensayadas por muchos, en la actualidad, con creciente desesperación. En otra dirección, Cousins (1996), Ferguson (1999), Nyambara (2001) y O’Laughlin (1998), entre otros, ilustran algunos de los efectos de la búsqueda de la tierra en las economías rurales y de las oportunidades para el cultivo por parte de los trabajadores reducidos de la industria minera y manufacturera en Sudáfrica, Zambia, Zimbabwe y Botswana, respectivamente

21 Bryceson también se refiere a “la falta de sentido de un sector informal sin el contraste de un sector formal” (1998: 186). Éste es ciertamente el caso, a tal punto que el sector informal tiene un rol que jugar en los procesos de crecimiento económico y acumulación, a través de sus vinculaciones simbióticas con el desarrollo de la industria a gran escala por medio del subcontrato de servicios y reparaciones que reducen el costo de los bienes salariales (y así sucesivamente), y ha caracterizado menos a la historia económica del África subsahariana, incluso antes de la crisis actual, que a la de América Latina o a la mayor parte de Asia (Meagher, 1995).

queña burguesía que proliferaron luego de la independencia y, especialmente, a aquellos con empleo estatal. Esto, entonces, se vincula con un tema general asociado (nuevamente con muchas variaciones complejas en la práctica): cuando la dinámica y las relaciones mercantiles son internalizadas en el funcionamiento social hasta en las zonas rurales más remotas, como en el África contemporánea, la crisis económica y social genera oportunidades de acumulación o reproducción expandida para algunos, tanto como nuevas presiones sobre la reproducción simple para otros. Ello evidencia la inequidad en el terreno de lo social (clasista o de otro tipo). En las condiciones del África actual, éste es un tema que exige prestar atención (como siempre) a la dinámica y a las tendencias de la diferenciación de clase (y otras) entre los “campesinos” (Bernstein, 2000, 2004), entre los “campesinos trabajadores” (semiproletariados; ver Bernstein, 2003, 2004) y en los segmentos de la pequeña burguesía, sin omitir el modo en que las variadas luchas de estos últimos, individuales y colectivas, tanto por la “supervivencia” como por la ventaja, se cruzan en instancias particulares y con cuáles efectos. Respecto de la agricultura, un economista de la corriente principal observa:

Si el acceso a los mercados fue toda o gran parte de la historia, entonces todos los granjeros en cualquier localidad deberían poder beneficiarse. ¿Pero, lo hacen? La diferenciación social dentro del campesinado ya no es un área de estudios de moda, por lo tanto, los estudios de caso publicados en la última década tienden a ser débiles en tales diferencias. Lo que se informa, de todas maneras, confirma nuestros peores temores: las diferencias son sustanciales. Cuándo y dónde florecen las economías agrícolas: parece que el mayor volumen del excedente proviene de una pequeña fracción de los granjeros (Wiggins, 2000: 638).

En resumen, la “crisis de la agricultura africana” —en términos de producción (y productividad), ingreso, contribuciones a la reproducción y de cualquier posibilidad de ganancia— no se distribuye equitativamente a través de los grupos sociales que cultivan o que tienen algún interés en la agricultura y en el acceso a la tierra. Algunos de los que detentan reclamos sobre la tierra reconocidos son demasiado pobres para cultivar: carecen de capital para asegurar los ingresos, comando sobre el trabajo a través de las relaciones sociales de parentesco (generalmente mediadas por relaciones patriarcales de género y generación) o del mercado y/o del acceso al crédito (por supuesto, accesible y oportuno). Esto demanda una evaluación más profunda de nociones persistentes como aquella que sostiene que “la mayor parte de la gente en áreas rurales tiene acceso a la tierra y, por lo tanto, es capaz de cultivarla por su cuenta” (Berry, 1993: 135). Por la razón dada, la segunda observación *no* se sigue necesariamente de la primera, y es probable que lleve a

una subestimación sistémica de aquellos que son incapaces de cultivar por su propia cuenta (o de hacerlo en una extensión significativa) en muchas áreas rurales²². Por otro lado, aquellos capaces de reproducir vigorosas empresas de pequeños productos agrícolas, y *a fortiori* de expandir la escala de sus cultivos, lo hacen casi siempre con fondos de reproducción/inversión derivados del empleo asalariado (y también del comercio y del transporte), como señala Wiggins (2000). Ciertamente, los análisis sofisticados de las trayectorias de los “trabajadores-campesinos” en África del sur –entre otros, First (1983) sobre Mozambique; Bush y Cliffe (1984) y Cousins et al. (1992) sobre Zimbabwe; y Levin y Neocosmos (1989) sobre Sudáfrica– sugieren que las condiciones diferenciales del mercado de trabajo y los ingresos del empleo asalariado a destiempo pueden alimentar la diferenciación del cultivo “campesino” (la producción capitalista pequeña y de pequeños productos básicos) en las zonas rurales a las que regresan los trabajadores emigrantes.

En efecto, incluso la primera parte de la generalización de Berry es problemática, ya que existen amplias evidencias de que hay escasez de tierras arables (y con frecuencia de tierras de pastoreo), especialmente en las áreas con mejores suelos y/o que tienen vínculos de transporte hacia los mercados urbanos, debido a una combinación de la presión demográfica (ver nota 15 de más arriba) y a los patrones de mercantilización. De manera perversa, la mercantilización –además de la necesidad de mayores y más continuas entradas de dinero señaladas por Bryceson y Ponte– se intensifica con el declive sostenido de las condiciones macroeconómicas (el efecto combinado de la globalización y de las políticas de ajuste estructural) y con el efecto tijera que produce la presión sobre el empleo y las oportunidades de ingreso, tanto de los cultivos como de los no cultivos, en resumen, sobre la reproducción. Pauline Peters (2004) presenta un gran número de recientes evidencias concernientes a la competencia por la tierra y a los conflictos que ésta genera, y concluye que dicha competencia y conflicto están impregnados por la creciente inequidad social y formación de clase:

La competencia por la tierra para diferentes propósitos se intensifica debido al crecimiento demográfico y a los movimientos de las personas que buscan más y mejores tierras o huir de los disturbios civiles; los grupos rurales procuran intensificar la producción de alimentos y de productos básicos, mientras que los miembros economizados a partir de un

22 Esto es análogo a la noción de Maasai de que “los pobres no somos nosotros”, es decir, que aquellos sin rebaños en una sociedad pastoril se vuelven por definición no pastoriles. Para ello remitirse a Anderson y Broch-Due (1999), donde hay estudios muy útiles que trazan los patrones de mercantilización y diferenciación que afectan a los grupos pastoriles en África del este.

salario recortado buscan la tierra para mejorar sus opciones de ingreso y alimentación; los Estados demarcan propiedades para la silvicultura y otras reservas, e identifican áreas dignas de conservación (a menudo bajo presión de los donantes y de los grupos internacionales que ejercen presión); los representantes del Estado y las elites políticas se apropian de la tierra a través de medios que van desde lo cuestionable hasta lo ilegal; y los recursos valiosos que están sobre y debajo del suelo (madera, petróleo, oro, otros minerales) atraen a la explotación intensiva tanto a agentes locales (la juventud desempleada u otrora granjeros buscando formas de conseguir efectivo) como a cadenas transnacionales (de corporaciones multinacionales, gobiernos extranjeros y representantes de estados africanos) [...] No sólo se intensifica la competencia sobre la tierra, sino que también se profundiza la diferenciación social y, aunque ésta toma diferentes formas –entre las que se incluyen los jóvenes contra los mayores, los hombres contra las mujeres, confrontaciones étnicas y religiosas– estas cuestiones dan cuenta de nuevas divisiones sociales que, en suma, pueden ser vistas como formación de clase [...] Las tensiones y luchas que proliferan entre los géneros y las generaciones o entre grupos marcados según la etnia, la religión o la región, están íntimamente sujetos a la dinámica de división y exclusión, alianza e inclusión que constituye la formación de clase (Peters 2004: 279, 291, 305).

LA POLÍTICA DE LA TIERRA

Las complejas variaciones de la política de la tierra abarcan las diferencias entre cómo se experimenta la crisis del desarrollo de África y las formas de lucha social que las respuestas colectivas y sociales generan, como se señala más arriba. El rango de la variación, así como también el de su complejidad, se extiende desde las disputas por la tierra en muchas áreas rurales alrededor de los reclamos altamente localizados y de los contra-reclamos de orígenes y derechos “comunitarios” (y “étnicos”), sus tensiones patriarcales y generacionales, hasta los “reasentamientos de vía rápida” altamente contradictorios de Zimbabwe desde principios de 2000, “único caso de redistribución de la tierra, en el mundo actual, completo y confiscatorio sancionado por el régimen” (Bernstein, 2003: 37). En el primer trabajo de este volumen, y desde una perspectiva zimbabwense, Moyo y Yeros escriben sobre las zonas africanas de cultivo campesino y sostienen:

Mientras las cuestiones de raza y el sistema terrateniente (relacionado con el sistema de arrendamiento de la propiedad) pueden no ser de incumbencia en las áreas comunales (como en Sudáfrica y Zimbabwe), los temas que sí son pertinentes son potentes: la inseguridad de la tenencia, la subdivisión y los mercados informales de tierra; la alienación y la concentración de la tierra. Ello, combinado con cambios en el uso de la tierra determinados externamente y con sistemas no democráticos de gobierno local para adjudicar y administrar las disputas territoriales.

Los temas que ellos resaltan se conectan con aquellos investigados por Peters (citado anteriormente). Al mismo tiempo, son reconocidos como los efectos de la “integración colonial y poscolonial sobre la producción mercantil generalizada”, que Moyo y Yeros indican, y que yo también señalé (al mismo tiempo se enfatizan sus variadas trayectorias y formas históricas específicas en el África subsahariana). Esto necesita, ahora, un poco más de elaboración. Primero, y para reiterar, la producción mercantil generalizada está *internalizada* en las relaciones y circuitos sociales del cultivo y del trabajo en África, así que necesariamente genera la dinámica de clases que Peters señala. La implicancia es que la crisis de África no puede ser atribuida exclusivamente a un agente “exterior” (maligno)²³.

Segundo, y sin embargo –como sugiere también Peters– esa dinámica de clases no adopta generalmente la forma extraordinaria de entidades y prácticas manifiestas de clase. Una razón para ello es la ausencia, en la mayor parte de África, de propiedad de tierras a una escala y a una profundidad histórica y social semejante a la de gran parte de la historia latinoamericana y asiática (y del sur de África), como Moyo y Yeros reconocen; por otro lado, la continua prevalencia (si no universalidad) de cierto grado de labranza de la tierra para la reproducción del trabajador, en ausencia de un despojamiento generalizado de la tierra (un punto también observado por Peters).

Otra causa es que la dinámica de la producción mercantil generalizada, además de su internalización en una amplia gama de formas de pequeña producción mercantil agrícola, genera tensiones y disputas en las zonas rurales africanas, que son experimentadas y peleadas no como divisiones de clase “puras” sino como “entre generaciones y géneros o entre grupos categorizados por la región, la religión o la etnia” (Peters, citado anteriormente.). Esto es parte del legado de la construcción colonial y de la conexión entre identidad “tribal”, la tenencia “consuetudinaria” de la tierra y la autoridad política (patriarcal), idiomas a través de los cuales las tensiones de clase se expresan, tanto en una suerte de “guerra civil dentro de la tribu” (Mamdani 1996) como en las luchas entre entidades corporativas (clase, cruzada), grupo étnico, clan, “comunidad” rural, por los recursos de tierra arable y de pastoreo, agua y

23 Aun cuando las economías y los productores africanos son especialmente vulnerables a los efectos de la globalización, se debería entender tal inversión ideológica a la luz de las imágenes extremadamente negativas de la crisis africana y de su atribución a las deficiencias intrínsecas de “África” –señaladas anteriormente–, pero que nos distraen de, en vez de contribuir a, las demandas de analizar las realidades de esa crisis. Un ejemplo de una “imagen espejo” similar (y conectada) del efecto de la inversión ideológica se dio en la nota número 16.

bosque. Semejantes luchas están, en general, articuladas por aquellos que demandan la legitimidad de la “tradición” para representar los intereses de su clan o “comunidad”, y quienes pueden ser tomados de, o en alianza con, la pequeña burguesía (de base) urbana, cuyos intereses sobre la tierra rural han sido intensificados por su propias crisis de reproducción, como anteriormente observamos.

Tercero, hay poca experiencia en la historia africana moderna de *organización* político-rural popular a escala más amplia centrada en temas agrarios y de la tierra, nuevamente en contraste con América Latina y Asia, y relacionada con sus historias respectivas (sujetas a sus propias “variaciones complejas”) de movimientos sociales rurales y ligas campesinas, sindicatos u otras formas de organización, asociaciones y luchas de trabajadores agrarios, tanto (relativamente) autónomas como aliadas con, u organizados por, partidos comunistas y socialistas. Se ha indicado anteriormente, en la nota 10, que la lucha armada con base rural constituyó una característica importante de la política de liberación en los territorios de Portugal (con su “colonialismo” atrasado) durante los sesenta y setenta, así como en otras colonias, particularmente en Kenya en los cincuenta y en la última Rhodesia/Zimbabwe. Hoy, y más generalmente en el África “campesina” (aquella de la *économie de traite*), aparte de “guerras étnicas” totales, en las que frecuentemente la tierra es un tema significativo²⁴, las confrontaciones más abiertas y, ocasionalmente más violentas, sobre la tierra, manifiestan la resistencia del clan y la “comunidad” ante el desalojo a gran escala llevado a cabo casi siempre por el Estado y en nombre de grandes proyectos (básicamente financiados por donantes) de “desarrollo”: esquemas de irrigación, granjas estatales o empresas conjuntas con agro-negocios, minería y/o silvicultura. Se trata principalmente de acciones *defensivas* y, aunque es improbable que tengan alguna orientación y composición de clase clara, producen programas sociales e ideológicos más amplios como luchas democrático-populares, cuya importancia (o, en efecto, sus límites) no se puede negar.

24 Para ello contamos con el horrible ejemplo del genocidio en Ruanda. Sin embargo –y es un “sin embargo” enorme–, una comprensión adecuada de los acontecimientos en Ruanda implica entender tanto los orígenes de las tensiones respecto de la tierra en los procesos precoloniales de construcción del Estado y sus disputas (Pottier, 2002), como hacer un análisis político específico del Estado y de su formación (Mamdani, 2001). Las presiones masivas sobre la tierra y la reproducción, exacerbadas por la caída de los precios de los principales productos para la exportación en el mercado mundial (café, en el caso de Ruanda) y las políticas de ajuste estructural del Banco Mundial –condiciones muy difundidas en África– no son suficientes para explicar lo que pasó en Ruanda. La “traducción” de tales “hechos sociales” en diferentes tipos de “hechos políticos” siempre requiere otro modo de análisis (Mamdani, 1996).

En suma, las tensiones y conflictos sobre la tierra dirigidos por los tipos de procesos generales bosquejados –que implican un rango de actores sociales y prácticas colectivas e individuales y, que a menudo están marcados por características fuertemente locales, variaciones complejas de tiempo y lugar– se extienden en las zonas rurales de África y parecen estar intensificándose, como convincentemente lo argumenta Peters. Al mismo tiempo, las dinámicas de clase subyacentes en estas tensiones y conflictos se manifiestan en formaciones evidentes de prácticas políticas, ideológicas y de organización clasista. Aquí, como en cualquier otro lado, esto provee un amplio espacio ideológico para la defensa populista de los derechos de la “comunidad” y de las luchas de esa categoría amorfa que es el “pobre rural”. Para llevar este punto contencioso más lejos, permítanme concluir sugiriendo –en forma de algunas observaciones resumidas– que muchos de los temas indicados son clave para el entendimiento de la dialéctica de la única *ofensiva* contra la propiedad de la tierra (capitalista) en Zimbabwe²⁵.

Primero, muchas de las dinámicas, contradicciones y tensiones de la emergencia y de la reproducción de la producción generalizada de mercancías en zonas africanas de agricultura “campesina”, además de sus tendencias de diferenciación de clase, también se encuentran en las “áreas comunitarias” históricas de Zimbabwe. Los discursos de la “usurpación” de la tierra sujeta a demanda que compiten entre sí, y las prácticas asociadas de desalojo no están confinados a la propiedad de la tierra –blanca– sino ampliamente esparcidos en áreas de tierras comunitarias –negras–, como se observa por ejemplo en Hammar (2001) y Nyambara (2001).

Segundo, las “invasiones” de granjas, en general de propiedad blanca, de fines de febrero de 2000 (subsecuentemente denominadas “asentamientos de vía rápida” en el lenguaje oficial), fueron inicialmente lideradas por la peculiar formación política de la Asociación de Veteranos de Guerra por la Liberación Nacional de Zimbabwe (ZNWLVA, por su sigla en inglés), asociada, en muchos casos, con funcionarios y activistas del partido político gobernante ZANU-PF y apoyada por elementos de la policía y la armada (Marongwe, 2003). Siguiendo una historia de políticas de ocupación y de luchas locales de gran propiedad de la tierra a partir de la independencia (en algunas instancias seguidas por la represión y el desalojo estatal) y en medio de una crisis económica y política acelerada, el régimen ZANU-PF finalmente sancionó, luego de dos décadas de vacilación e inconsistencia en la cuestión agraria, “asentamientos de vía rápida”. En una revisión temprana de las

25 Me apoyo aquí en la discusión más completa sobre Zimbabwe que se ofrece en Bernstein (2004).

variadas instancias, locaciones, tiempos y agentes de la ocupación de la tierra durante el levantamiento de 2000, Moyo (2001) reconoció sus “numerosas olas contradictorias y localizadas”, el gran rango de actores involucrados –con foco en el “liderazgo” de hecho o aspirantes a políticos partidarios, funcionarios estatales, veteranos de guerra y caciques, todos actuando en concierto con o independientemente de las directivas nacionales del ZNLWA y ZANU-PF– y una combinación social heterogénea que abarca desde “comunidades” rurales, miembros de la clase media urbana y, como muchos notaron, milicias de la juventud desempleada, rural y urbana, movilizadas también por el ZANU-PF.

Tercero, no hay ninguna razón para dudar de que las energías políticas populares –aquellas que he llamado en algún otro lugar la cuestión agraria del trabajo (Bernstein, 2004)– fueron movilizadas en las invasiones de la tierra de Zimbabwe, pero debería ser claro que constituyeron *sólo un elemento* de las fuerzas de clase en esta redistribución masiva de la tierra. Las “olas contradictorias” (Moyo) del “asentamiento de vía rápida” también incluyeron futuras tomas de la tierra por la clase estatal, por agentes (negros) burgueses –que ya poseían cerca del 20% de las grandes propiedades de tierra– y por otros integrantes de la pequeña burguesía, tanto urbana como rural. Exactamente quién obtuvo qué tierra, dónde y con qué tipo de posesión efectiva, es algo que ha de ser clarificado con mayor precisión. Trabajadores de granja (de los que se hablará más abajo) y otros miembros o partidarios del opositor Movimiento para el Cambio Democrático, o algunos que fueron acusados de serlo, perdieron poder sobre la tierra redistribuida (Sachikonye, 2003; Marongwe, 2003). De esta manera, uno sospecha que a esos grupos sociales rurales (y urbanos) a los que les falta influencia política y/o conexiones –por ejemplo, a través de relaciones locales más amplias de patronazgo– les fue relativamente mal fuera de la redistribución, como no mejor a las mujeres granjeras (más pobres).

En cuarto lugar, los efectos inmediatos de la redistribución de la tierra han sido bastante desastrosos para la producción y el empleo, aunque sujetos, como siempre, a considerables variaciones locales. A fines de los noventa hubo un número estimado entre 320 mil y 350 mil trabajadores asalariados en las grandes granjas capitalistas de Zimbabwe. Junto con 1,8 a 2 millones de familiares, constituyen casi un 20% de la población del país, proporcionalmente y por lejos, el proletariado agrario más grande en el África subsahariana, cuyas posiciones e intereses sobre la estructura clasista campesina han sido casi completamente ignoradas en estudios académicos críticos y análisis políticos²⁶. A comienzos de

26 La excepción, en trabajos académicos críticos, es la obra de Blair Rutherford (por ejemplo, 2001a y 2001b). Tandon (2001) es el único ejemplo que he encontrado que

2003, sólo cerca de 100 mil trabajadores agrarios aún estaban empleados (Sachikonye, 2003: 5) y la vasta mayoría de aquellos que perdieron sus trabajos tampoco obtuvieron tierras, como se notó arriba.

Quinto, la redistribución de la tierra, especialmente de la manera tan caótica en que se produjo en Zimbabwe, no es lo mismo que el (re)asentamiento inmediato de granjeros; tampoco es igual al reasentamiento con inicio inmediato del cultivo, y a un nivel que permita primero reemplazar y luego expandir la producción en la tierra redistribuida. Éste es el nudo de la redistribución de la tierra como estrategia de desarrollo. En este sentido, Zimbabwe es un ejemplo altamente distintivo. Por un lado, el impulso dominante de las reformas de tierra radicales en el mundo moderno ha sido abolir la propiedad precapitalista, predatoria, como un aspecto esencial de la transición hacia el capitalismo (Bernstein, 2002, 2004). En estos casos, la perspectiva –y en la actualidad, de acuerdo con varios informes– es la del desmantelamiento de la producción a gran escala, incluso de muchas granjas capitalistas exitosas y bien establecidas, con el efecto inmediato de las evidenciadas pérdidas de producción y empleo. Por otro lado, ejemplos significativos de confiscación de la propiedad agraria capitalista a gran escala en tiempos recientes han encarado su nacionalización o socialización de alguna forma u otra (por ejemplo, Cuba y Nicaragua), más que su reemplazo por la agricultura (“campesina”) en pequeña escala.

Yeros (2002: 12-13) ejemplifica el caso para la redistribución de la tierra *qua* estrategia de desarrollo en Zimbabwe como “una oportunidad histórica para quebrar la estructura heredada del mercado doméstico”. Sin embargo, reconoce que esto no es suficiente. La ampliación del mercado doméstico también necesita apoyo estatal para construir una infraestructura de “acumulación dinámica [...] en el sector de pequeños propietarios”. Tiene razón en esto, y por ello nos remite a la característica distintiva (¿única?) de la reforma agraria de Zimbabwe –el desmantelamiento de la agricultura capitalista de gran escala– para temas ya indicados en la discusión de más arriba acerca de las dinámicas y efectos de la producción generalizada de mercancías en las zonas rurales de África²⁷.

se refiere directamente a este error manifiesto de la visión y del análisis político en consideración a la cuestión agraria en Zimbabwe. Se trata de un error comparable en su seriedad al de Sudáfrica en los ochenta, concerniente a la exclusión de, y a la hostilidad hacia, los trabajadores migrantes, especialmente aquellos del entonces KwaZulu, cuyas posadas luego se convertirían en base de la violencia sistémica contra los poblados adyacentes organizados por el ANC y el Frente Democrático Unido (UDF). Para ello remitirse a Mamdani (1996: capítulo 7) y también Morris y Hindson (1992).

27 También nos remite a las preocupaciones sobre la cuestión agraria “clásica” y a su (re)interpretación en las condiciones de “acumulación desarticulada”, “el dualismo

La discusión sugiere que es difícil imaginar cómo la “acumulación dinámica”, incluso la de los “pequeños propietarios”, podrá ocurrir sin los mercados laborales rurales, que significa diferenciación de clase. Por lo demás, en ausencia de apoyo estatal adecuado para permitir a los granjeros establecerse en la tierra que les fuera asignada, y para establecer allí granjas viables –el caso, hasta cierto punto, de Zimbabwe– muchos permanecerán demasiado pobres para cultivar, y por eso se acentúan las tendencias a la diferenciación. Sólo los campesinos o las familias de “trabajadores-campesinos” más ricos (así como también algunos de la pequeña burguesía rural y urbana) pueden dominar los recursos y el capital para establecer la producción en nuevas, o adicionales y/o mejores, tierras obtenidas por medio de la redistribución.

CONCLUSIÓN

El propósito de las observaciones anteriores no es negar la significación de la redistribución agraria en Zimbabwe como un aspecto de su revolución democrática nacional, sino llamar la atención sobre algunos de sus aspectos profundamente contradictorios (incluso sobre aquellos que comparten con las luchas por la tierra localizadas en otra parte de África y de similar potencial democrático, aunque en condiciones sociales muy diferentes). Esas luchas más recientes permanecen comúnmente escamoteadas a la mirada de observadores y analistas externos y, cuando se reconocen, son en general mal interpretadas por las razones antedichas: en ausencia de la propiedad invadida de la tierra y del despojo generalizado de productores (más) pequeños, y carentes éstos de las formas de expresión de clase más evidentes en otros lados, sus dinámicas de clase subyacentes son desatendidas o negadas. Facilita dicha negligencia o negación el severo contraste entre zonas y países “campesinos” de África de origen colonial, sobre todo entre Sudáfrica y Zimbabwe, en cuyas historias el establecimiento y la formación de la propiedad de la tierra racializada ha sido definitiva. Este efecto también lo facilita la ausencia en el África “campesina” de movimientos políticos más amplios basados en los conflictos de la tierra, la ausencia de los tipos de linajes históricos, formas de organización e ideologías programáticas que sí se encuentran en América Latina y Asia.

No obstante, es cada vez más insostenible ignorar las tensiones y conflictos por la tierra proliferantes en el África subsahariana actual en el contexto de una crisis de reproducción generalizada, sin importar cuán variadas, complejas y contradictorias puedan ser las fuerzas sociales y las formas de lucha por la tierra. Extrapolando desde mis obser-

funcional”, etc., en las formaciones sociales periféricas, como se resume en el primer trabajo de este volumen.

vaciones sobre la redistribución de la tierra en Zimbabwe, diría que la cuestión agraria del trabajo es usualmente un elemento de esas fuerzas y luchas sociales. En la medida en que pueda convertirse –y estar articulada como– un elemento líder, entonces, la significación y los efectos de las luchas por la tierra harán sus propias contribuciones más fuertes y más claras a una política democrática más amplia²⁸.

BIBLIOGRAFÍA

- Allan, William 1965 *The African Husbandman* (London: Oliver & Boyd).
- Amin, Samir 1976 *Unequal Development: An Essay on the Social Formations of Peripheral Capitalism* (Hassocks: Harvester).
- Anderson, David M. 1984 “Depression, Dust Bowl, Demography and Drought: The Colonial State and Soil Conservation in East Africa during the 1930s” en *African Affairs*, 83, pp 321-343.
- Anderson, David M. 2002 *Eroding the Commons: The Politics of Ecology in Baringo, Kenya 1892–1963* (Oxford: James Currey).
- Anderson, David M. y Grove, Richard 1987 “The Scramble for Eden: Past, Present and Future in African Conservation” en Anderson, D.M. y Grove, R. (eds.) *Conservation in Africa: People, Policies and Practice* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Anderson, David M. y Broch-Due, Vigdis (eds.) 1999 *The Poor Are Not Us: Poverty and Pastoralism in Eastern Africa* (Oxford: James Currey).
- Arrighi, Giovanni 2002 “The African Crisis: World Systemic and Regional Aspects” en *New Left Review*, II(15), pp 5-36.
- Bernstein, Henry 1981 “Notes on State and Peasantry” en *Review of African Political Economy*, 21, pp 44-62.
- Bernstein, Henry 1990 “Agricultural ‘Modernisation’ and the Era of Structural Adjustment: Observations on Sub-Saharan Africa” en *Journal of Peasant Studies*, 18(1), pp 3-35.
- Bernstein, Henry 1999 “Ghana’s Drug Economy: Some Preliminary Data” en *Review of African Political Economy*, 79, pp 13-32.
- Bernstein, Henry 2000 “‘The Peasantry’ in Global Capitalism: Who, Where and Why?” en Panitch, Leo y Leys, Colin (eds.) *Socialist Register 2001* (London: Merlin Press).
- Bernstein, Henry 2002 “Land Reform: Taking a Long(er) View” en *Journal of Agrarian Change*, 2(4), pp 433-463.
- Bernstein, Henry 2003 “Land Reform in Southern Africa in World-Historical Perspective” en *Review of African Political Economy*, 96, pp 21-46.

28 Cousins (de próxima aparición) provee una discusión sistemática de la problemática agraria en relación con la democracia en la región sureña de África.

- Bernstein, Henry 2004 "‘Changing Before Our Very Eyes’: Agrarian Questions and the Politics of Land in Capitalism Today" en *Journal of Agrarian Change*, 4(1-2), pp 190-225.
- Bernstein, Henry y Woodhouse, P. 2001 "Telling Environmental Change Like It Is? Reflections on a Study in Sub-Saharan Africa" en *Journal of Agrarian Change*, 1(2), pp 283-324.
- Berry, Sara 1984 "The Food Crisis and Agrarian Change in Africa: A Review Essay" en *African Studies Review*, 27(2), pp 59-111.
- Berry, Sara 1993 *No Condition is Permanent: Social Dynamics of Agrarian Change in Sub-Saharan Africa* (Madison: University of Wisconsin Press).
- Bharadwaj, Krishna 1985 "A View on Commercialisation in Indian Agriculture and the Development of Capitalism" en *Journal of Peasant Studies*, 12(4), pp 7-25.
- Boserup, Ester 1965 *The Conditions of Agricultural Growth: The Economics of Agrarian Change under Population Pressure* (London: Allen & Unwin).
- Bryceson, Deborah Fahy 1996 "Deagrarianization and Rural Employment in Sub-Saharan Africa: A Sectoral Perspective" en *World Development*, 24(1), pp 97-111.
- Bryceson, Deborah Fahy 1998 "African Rural Labour, Income Diversification and Livelihood Approaches: A Long-term Development Perspective" en *Review of African Political Economy*, 80, pp 171-189.
- Bush, Ray y Cliffe, Lionel 1984 "Agrarian Policy in Labour Migrant Societies: Reform or Transformation in Zimbabwe?" en *Review of African Political Economy*, 29, pp 77-94.
- Chabal, Patrick y Daloz, Jean-Pascal 1999 *Africa Works: Disorder as Political Instrument* (Oxford: James Currey).
- Cliffe, Lionel y Cunningham, G.L. 1973 "Ideology, Organization and the Settlement Experience in Tanzania" en Cliffe, L. y Saul, J. (eds.) *Socialism in Tanzania* (Dar es Salaam: East African Publishing House) Volume II, Policies.
- Colson, Elizabeth 1971 "The Impact of the Colonial Period on the Definition of Land Rights" en Turner, Victor (ed.) *Colonialism in Africa*, (Cambridge: Cambridge University Press) Volume III, 1870-1960.
- Cooper, Frederick 2002 *Africa since 1940: The Past of the Present* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Cordell, Dennis D., Gregory, John W. y Piché, Victor 1996 *Hoe and Wage: A Social History of a Circular Migration System in West Africa* (Boulder, CO: Westview Press).

- Cousins, Ben 1996 "Livestock Production and Common Property Struggles in South Africa's Agrarian Reform" en Bernstein, Henry (ed.) *The Agrarian Question in South Africa*, (London: Frank Cass).
- Cousins, Ben (de próxima aparición) "The Zimbabwe Crisis in its Wider Context: The Politics of Land, Democracy and Development in Southern Africa" en Hammar, Amanda, Raftopoulos, Brian y Jensen, Stig (eds.) *Zimbabwe's Unfinished Business: Rethinking Land, State and Nation in the Context of Crisis* (Harare: Weaver Press).
- Cousins, Ben, Weiner, Dan y Amin, Nick 1992 "Social Differentiation in the Communal Lands of Zimbabwe" en *Review of African Political Economy*, 53, pp 5-24.
- Cowen, Michael P. y Shenton, Robert W. 1991a "The Origin and Course of Fabian Colonialism in Africa" en *Journal of Historical Sociology*, 4(2), pp 143-174.
- Cowen, Michael P. y Shenton, Robert W. 1991b "Bankers, Peasants and Land in British West Africa, 1905-1937" en *Journal of Peasant Studies*, 19(1), pp 26-58.
- Cowen, Michael P. y Shenton, Robert W. 1996 *Doctrines of Development* (London: Routledge).
- Daviron, Benoit y Gibbon, Peter (eds.) 2002 "Global Commodity Chains and African Export Agriculture" en *Special Issue of Journal of Agrarian Change*, 2(2).
- Desai, Meghnad 2002 *Marx's Revenge: The Resurgence of Capitalism and the Death of Statist Socialism* (London: Verso).
- De Wet, Christopher 1995 *Moving Together, Drifting Apart: Betterment Planning and Villagisation in a South African Homeland* (Johannesburg: Witwatersrand University Press).
- Ferguson, James 1999 *Expectations of Modernity: Myths and Meanings of Urban Life on the Zambian Copperbelt* (Berkeley: University of California Press).
- Fine, Ben, Lapavistas, Costas y Pincus, Jonathan (eds.) 2001 *Development Policy in the Twenty-first Century: Beyond the Post-Washington Consensus* (London: Routledge).
- First, Ruth 1983 *Black Gold: The Mozambican Miner, Proletarian and Peasant* (Brighton: Harvester).
- Francis, Elizabeth 2000 *Making a Living: Changing Livelihoods in Rural Africa* (London: Routledge).
- Francis, Paul 1984 "For the Use and Common Benefit of All Nigerians: Consequences of the 1978 Land Nationalization" en *Africa*, 54, pp 5-28.

- Franke, Richard W. y Chasin, Barbara H. 1980 *Seeds of Famine: Ecological Destruction and the Development Dilemma in the West African Sahel* (Montclair and New York: Allanheld & Universe).
- Friedmann, Harriet 1993 "The Political Economy of Food: A Global Crisis" en *New Left Review*, 197, pp 29-57.
- Friis-Hansen, E. (ed.) 2000 *Agricultural Policy in Africa after Adjustment*, CDR Policy Paper (Copenhagen: Centre for Development Research).
- Gibbon, Peter 1992 "A Failed Agenda? African Agriculture under Structural Adjustment with Special Reference to Kenya and Ghana" en *Journal of Peasant Studies*, 20(1), pp 50-96.
- Gibbon, Peter y Neocosmos, Michael 1985 "Some Problems in the Political Economy of 'African Socialism'" en Bernstein, Henry y Campbell, Bonnie K. (eds.) *Contradictions of Accumulation in Africa* (Beverly Hills, CA: Sage).
- Gilsenan, Michael 1982 *Recognizing Islam* (Beckenham: Croom Helm).
- Grischow, Jeff 1998 "Corruptions of Development in the Countryside of the Northern Territories of the Gold Coast, 1927-57" en *Journal of Peasant Studies*, 26(1), pp 139-158.
- Guyer, Jane I. 1983 "Women's Work and Production Systems: A Review of Two Reports on the Agricultural Crisis" en *Review of African Political Economy*, 27, pp 186-191.
- Hammar, Amanda 2001 "'The Day of Burning': Eviction and Reinvention in the Margins of Zimbabwe" en Worby, Eric (ed.) *The New Agrarian Politics in Zimbabwe*, Special Issue of *Journal of Agrarian Change*, 1(4), pp 550-574.
- Hill, Polly 1963 *The Migrant Cocoa Farmers of Southern Ghana* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Hobsbawm, Eric J. 1987 *The Age of Empire 1875-1914* (London: Weidenfeld & Nicolson).
- Hyden, Goran 1983 *No Shortcuts to Progress: African Development Management in Perspective* (London: Heinemann).
- IFAD 1994 *A Dialogue on Capitol Hill: Workshop on Land Degradation and Poverty in Sub-Saharan Africa - Challenges and Opportunities* (Rome: International Fund for Agricultural Development).
- Kasfir, Nelson 1993 "Designs and Dilemmas of African Decentralization" en Mawhood, Philip (ed.) *Local Government in the Third World: Experiences of Decentralization in Tropical Africa* (Pretoria: Africa Institute of South Africa).
- Kitching, Gavin 1980 *Class and Economic Change in Kenya: The Making of an African Petite-Bourgeoisie, 1905-1970* (New Haven: Yale University Press).

- Leach, Melissa y Mearns, Robin (eds.) 1996 *The Lie of the Land: Challenging Received Wisdom on the African Environment* (Oxford: James Currey).
- Legassick, Martin y Wolpe, Harold 1976 "The Bantustans and Capital Accumulation in South Africa" en *Review of African Political Economy*, 7, pp 87-107.
- Leo, Christopher 1984 *Land and Class in Kenya* (Toronto: University of Toronto Press).
- Levin, Richard y Neocosmos Michael 1989 "The Agrarian Question and Class Contradictions in South Africa: Some Theoretical Considerations" en *Journal of Peasant Studies*, 16(2), pp 230-259.
- Little, Peter y Watts, Michael (eds.) 1994 *Living under Contract: Contract Farming and Agrarian Transformation in Sub-Saharan Africa* (Madison: University of Wisconsin Press).
- Mamdani, Mahmood 1987 "Extreme but not Exceptional: Towards an Analysis of the Agrarian Question in Uganda" en *Journal of Peasant Studies*, 14(2), pp 191-225.
- Mamdani, Mahmood 1996 *Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism* (Cape Town: David Philip).
- Mamdani, Mahmood 2001 *When Victims Become Killers: Colonialism, Nativism, and the Genocide in Rwanda* (Princeton: Princeton University Press).
- Marongwe, Nelson 2003 "Farm Occupations and Occupiers in the New Politics of Land in Zimbabwe" en Hammar, Amanda, Raftopoulos, Brian y Jensen, Stig (eds.) *Zimbabwe's Unfinished Business: Rethinking Land, State and Nation in the Context of Crisis* (Harare: Weaver Press).
- McCann, James C. 1999 *Green Land, Brown Land, Black Land: An Environmental History of Africa, 1800-1990* (Oxford: James Currey).
- Meagher, Kate 1995 "Crisis, Informalization and the Urban Informal Sector in Sub-Saharan Africa" en *Development and Change*, 26, pp 259-284.
- Morris, Mike y Hindson, Doug 1992 "South Africa: Political Violence, Reform and Reconstruction" en *Review of African Political Economy*, 53, pp 43-59.
- Moyo, Sam 2001 "The Land Occupation Movement and Democratization in Zimbabwe: Contradictions of Neoliberalism" en *Millennium: Journal of International Studies*, 30(2), pp 311-330.
- Murton, Andrew 1999 "Population Growth and Poverty in Machakos District, Kenya" en *Geographical Journal*, 165(1), pp 37-46.

- Nyambara, Pius S. 2001 "The Closing Frontier: Agrarian Change, Immigrants and the 'Squatter Menace' in Gokwe, 1980s–1990s" en Worby, Eric (ed.) *The New Agrarian Politics in Zimbabwe*, Special Issue of *Journal of Agrarian Change*, 1(4), pp 534-549.
- O'Laughlin, Bridget 1998 "Missing Men? The Debate over Rural Poverty and Women-headed Households in Southern Africa" en *Journal of Peasant Studies*, 25(2), pp 1-48.
- O'Laughlin, Bridget 2000 "Class and the Customary: the Ambiguous Legacy of the *Indigenato* in Mozambique" en *African Affairs*, 99, pp 5-42.
- Peters, Pauline E. 1994 *Dividing the Commons: Politics, Policy and Culture in Botswana* (Charlottesville: University Press of Virginia).
- Peters, Pauline E. 2002 "The Limits of Negotiability: Security, Equity and Class Formation in Africa's Land Systems" en Juul, K. y Lund, C. (eds.) *Negotiating Property in Africa* (Portsmouth, NH: Heinemann).
- Peters, Pauline E. 2004, "Inequality and Social Conflict over Land in Africa" en *Journal of Agrarian Change*, 4(3), pp 269-314.
- Phillips, Anne 1989 *The Enigma of Colonialism* (Oxford: James Currey).
- Ponte, Stefano 2002 *Farmers and Markets in Tanzania: How Policy Reforms Affect Rural Livelihoods in Africa* (Oxford: James Currey).
- Pottier, Johann 2002 *Re-imagining Rwanda: Conflict, Survival and Disinformation in the Late Twentieth Century* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Raikes, Philip 1988 *Modernising Hunger: Famine, Food Surplus and Farm Policy in the EEC and Africa* (Oxford: James Currey).
- Raikes, Philip 2000 "Modernization and Adjustment in African Peasant Agriculture" en Bryceson, Deborah, Kay, Cristóbal y Mooij, Jos (eds.) *Disappearing Peasantries: Rural Labour in Africa, Asia and Latin America* (London: IT Publications).
- Raikes, Philip y Gibbon, Peter 2000 "'Globalisation' and African Export Crop Agriculture" en *Journal of Peasant Studies*, 27(2), pp 50-93.
- Raynault, Claude, Emmanuel Gregoire, Pierre Janin, Koechlin, Jean y Delville Lavigne, Philippe 1997 *Societies and Nature in the Sahel* (London: Routledge).
- Ross, Eric B. 1998 *The Malthus Factor: Poverty, Politics and Population in Capitalist Development* (London: Zed Books).
- Rutherford, Blair 2001a *Working on the Margins: Black Workers, White Farmers in Postcolonial Zimbabwe* (Harare: Weaver Press).
- Rutherford, Blair 2001b "Commercial Farm Workers and the Politics of (Dis)placement in Zimbabwe: Colonialism, Liberation and Democracy" en *Journal of Agrarian Change*, 1(4), pp 626-651.

- Sachikonye, Lloyd M. 2003 *The Situation of Commercial Farm Workers after Land Reform in Zimbabwe: A Report Prepared for the Farm Community Trust of Zimbabwe* (London: CIIR).
- Sender, John 2002 "Reassessing the Role of the World Bank in Sub-Saharan Africa" en Pincus, J. y Winters, J. (eds.) *Reinventing the World Bank* (Ithaca, NY, y London: Cornell University Press).
- Shivji, Issa 1994 *Report of the Presidential Commission of Inquiry into Land Matters* (Uppsala: Government of the United Republic of Tanzania and the Scandinavian Institute of African Studies) Volume I, Land Policy and Land Tenure Structure.
- Sivanandan, A. 1990 *Communities of Resistance: Writings on Black Struggles for Socialism* (London: Verso).
- Sorrenson, M.P.K. 1967 *Land Reform in the Kikuyu Country* (Nairobi: Oxford University Press).
- Stiglitz, Joseph 2002 *Globalization and Its Discontents* (London: Penguin Books).
- Tandon, Yash 2001 "Trade Unions and Labour in the Agricultural Sector in Zimbabwe" en Raftopoulos, B. y Sachikonye, L. (eds.) *Striking Back: The Labour Movement and the Post-colonial State in Zimbabwe 1980-2000* (Harare: Weaver Press).
- Tiffen, Mary, Mortimore, Michael y Gichuki, Francis 1994 *More People, Less Erosion: Environmental Recovery in Kenya* (Chichester: John Wiley).
- Van der Walle, Nicolas 2001 *African Economies and the Politics of Permanent Crisis, 1979-1999* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Vaughan, Megan 1991 *Curing Their Ills: Colonial Power and African Illness* (Cambridge: Polity Press).
- Wiggins, Steve 2000 "Interpreting Changes from the 1970s to the 1990s in African Agriculture through Village Studies" en *World Development*, 28(4), pp 631-662.
- World Bank 1996 *Toward Environmentally Sustainable Development in Sub-Saharan Africa: A World Bank Agenda* (Washington, DC: World Bank).
- Yeros, Paris 2002 "Zimbabwe and the Dilemmas of the Left" en *Historical Materialism*, 10(2), pp 3-15.